
Capítulo XXXIV.

Colma de regalos el caudillo á los misioneros, y les dispensa el mayor acatamiento.

Eran los recién llegados fray Martín de Valencia, fray Benito González, fray Fulgencio Celanova, fray Lope de Cornechuelo, fray Lucas de Góngora, fray Crisóstomo de Luna, fray Ángel de Orgaz, fray Modesto de Luna, fray Antonio González, fray Francisco Tabares, fray Mamerto López, fray Anselmo Hines-trosa y fray Calixto Menéndez.

El primero había recibido la investidura de vicario del papa.

Era un santo varón, de una conducta ejemplar.

El que tenía el nombre de Fulgencio Celanova, era el más joven de todos, y en sus ojos pequeños y vivos hubiera descubierto un observador que era am-

bicioso y que el emprender el viaje á las Indias no le había impulsado el cumplimiento de sus deberes religiosos, sino algún motivo profano.

Efectivamente, su verdadero nombre no era aquel por el que se le conocía.

Nuestros lectores habrán adivinado que era el antiguo cómplice del obispo de Fonseca, su poderoso auxiliar Anton Pérez.

Al ver el prelado que había perdido el prestigio cerca del monarca, antes de retirarse á la vida privada conferenció con Anton Pérez.

Este, que era muy astuto y que por su carácter bullicioso y emprendedor no podía resignarse á permanecer en la inacción, le dijo á su antiguo protector.

—Bien sabe Dios, que lo único que siento en estos momentos es no contar con recursos para emprender el viaje á las Indias. Estando yo allí, juro á vuestra eminencia que había de hallar medios de vengarme del que ahora se estará gozando de nuestra derrota.

—Pues si te sientes con ánimos de emprender el viaje, cuenta con mi apoyo. A Dios gracias, aunque haya perdido el favor del monarca, todavía tengo amigos que desearán complacerme.

—Natural es que así sea, porque toda vuestra vida no habeis hecho más que sembrar beneficios.

—Tengo entendido que en breve van á salir misioneros para las Indias, y nada más fácil que formes tú parte de ellos.

—Excuso decir que no iré con mi verdadero nombre.

—De ningún modo. Es posible que Cortés tuviese alguna noticia de los servicios que me has prestado, y esto desbarataría todos nuestros planes. Yo te daré una carta con el nombre de Fulgencio Celanova para el que vaya como jefe de misioneros, y no dudes que serás atendido.

Anton Perez no tardó en averiguar que había sido elegido fray Martin de Valencia, y le presentó la misiva de obispo.

Fué acogido benévolamente, porque el venerable sacerdote ageno á las intrigas de la corte, no podía imaginar los deseos que animaban al recomendado de Fonseca.

Cuando los misioneros llegaron á Méjico, Hernan Cortés les colmó de regalos y les dispensó el mayor acatamiento.

Siempre que les hablaba se arrodillaba ante ellos, llevando la cabeza descubierta.

Continuamente les besaba el hábito, no sólo por la veneracion que le inspiraban, sino para ir infiltrando el respeto en los indios y hacer más fácil su conversion.

Como era natural, al ver los indios la sumision y humildad con que se presentaba á los misioneros Hernan Cortés, á quien admiraban por su valor y por que le creían enviado del cielo, comprendieron la superioridad que sobre él tendrían los frailes, y en todas ocasiones les trataban con la mayor reverencia



HERNAN CORTÉS.—Continuamente les besaba el hábito.



El caudillo exhortó también á los españoles á que acatasen á los misioneros, y les dijo:

—Lo primero que debeis hacer es confesaros con ellos y pedirles la absolucion de vuestras culpas. No trato de acriminaros, porque todos somos débiles; pero la verdad es que algunos tienen fruto de amores criminales, y es preciso que esos desgraciados séres reciban cuanto antes el bautismo.

No tengo para qué invocar los auxilios, la proteccion, el amparo que en indiferentes ocasiones nos ha dispensado la Providencia. Sé que todos sois buenos cristianos, y que vuestra conciencia os aconsejará mejor que nadie lo que debeis hacer.

Los españoles, en cuyos corazones se hallaba profundamente arraigado el sentimiento religioso, se apresuraron á obedecer las indicaciones de su jefe.

Los misioneros administraron el agua del bautismo á aquellos inocentes niños, y fueron inculcando poco á poco en su alma los misterios de la doctrina del Crucificado.

También confesaron á los españoles, y obtuvieron cuantiosas limosnas al redimirles de sus pecados.

Después de permanecer algunos dias en Méjico dedicados á las tareas de su sagrado ministerio, recorrieron los pueblos inmediatos.

Cuantos ídolos se hallaban en los templos eran arrojados al fuego, y aunque esto les causaba una dolorosa impresion á los indios, no se atrevian á hacer armas contra los que atentaban á sus creencias,

porque decían que sólo seres superiores podían ser capaces de desafiar sus iras.

La conversión avanzaba rápidamente, y los primeros que disfrutaron de los inefables consuelos de la religión fueron algunos señores mejicanos.

Deseosos de hacer partícipes á sus hermanos de estos beneficios, se brindaron á acompañar á los misioneros en calidad de intérpetes.

El respeto que infundían á los indígenas, unido á las elocuentes palabras que por su conducto les trasmitían los representantes de la Iglesia, hacían cada día nuevos prosélitos.

Los incansables sacerdotes no tardaron en saber que por lo general los indios tenían más de una mujer (C), y al tratar de santificar el matrimonio se hallaron con el inconveniente de no saber qué partido tomar, porque la religión católica sólo permite tener una.

Por entonces llegaron á Méjico nuevos misioneros, y se acordó celebrar un sínodo para tratar en él de tan grave asunto.

Mucho se alegró el caudillo del arribo de los religiosos, y como á los anteriores, les dispensó una benévola y respetuosa acogida.

Capítulo XXXV.

El sínodo.

Asistieron como sinodales treinta personas.

Entre ellas había diez y nueve frailes, cinco clérigos, y los demás legos, entre los que se encontraba Cortés.

Aquel solemne acto fué presidido por fray Martín, como vicario del papa.

La ceremonia tuvo lugar en la sala capitular que había en la iglesia construída recientemente.

Se habían improvisado cinco bancos de cedro, que se colocaron uno al frente de la mesa presidencial y dos á cada lado.

La mesa se hallaba cubierta por un paño negro.

Había encima un Santo Cristo con dos velas encendidas.

Se veía también recado de escribir y algunos *in-folios*, que habían de servir de consulta para las deliberaciones de los sinodales.

La presidencia, como hemos dicho antes, la ocupaba Fray Martín, teniendo á su derecha á otros dos misioneros de los más ancianos, y á su izquierda á un clérigo y á Hernán Cortés.

Los demás bancos los ocupaban indistintamente frailes, clérigos y seglares.

Animado fué el debate, y todos hicieron gala de su erudición y poco comunes dotes oratorias.

Se veían que conocían perfectamente, no sólo la liturgia romana y cuanto sobre el matrimonio escribieron los Doctores de la iglesia, sino que habían hecho un profundo estudio del corazón y de las batallas que sostiene el hombre enfrente de la naturaleza.

El caso que se debatía era completamente excepcional.

En ninguno de los concilios celebrados hasta entonces había nada que tuviese puntos de semejanza con el objeto de aquel sínodo, y era de ver á aquellos ínclitos varones desvivirse por hallar una solución conforme á los preceptos de la iglesia, y que al mismo tiempo no sumiese en la desesperación á los seres que forzosamente habían de salir perjudicados.

Después de sabias deliberaciones, se creyó que lo mejor que podía hacerse era dejar en libertad á los indios para escojer una entre las mujeres que te-

nían, y una vez elegida, santificar su unión por medio del sacramento del matrimonio.

No podía realmente acordarse otra cosa; pero la verdad era que á las que fueran despreciadas les aguardaba una vida de humillación y de miseria, máxime cuando la generalidad tenían hijos.

Los misioneros pusieron en conocimiento de los indios esta determinación, y su asombro fué inmenso.

—Los que se hayan convertido á la religión cristiana, —les dijeron, —no pueden vivir por más tiempo con tantas mujeres.

—Pero ¿por qué? —se atrevió á decir uno.

—Porque la moral rechaza esos concubinatos, porque se violan las leyes de la naturaleza, porque en ese insensato frenesí á que os entregais, no respetais á mujeres de vuestra propia familia.

—Pues yo he visto que todos los animales tienen más de una compañera.

—¿Y acaso os halaga la idea de compararos con las bestias? ¿Quereis igualaros á unos seres que carecen de razón, que lo más que tienen es un instinto más ó ménos desarrollado?

Por otra parte, tampoco es exacto eso de que los animales tengan cuantas hembras quieran. El elefante respeta siempre á su madre y á sus hermanas. También hay una especie de lagartos que sólo elige una compañera, que muere defendiéndola, y que si la sobrevive, no vuelve á elegir otra.

Los indios oían con asombro las palabras de los misioneros.

Estos prosiguieron:

—La institucion del matrimonio, como todo lo que procede de nuestro Dios, es tan perfecta, que á poco que se reflexione se ven sus ventajas. La union de un hombre con una sola mujer es la base para el porvenir de una familia. Cuando hay sucesion pueden entregarse los esposos sin remordimientos, sin zozobra, á los cuidados que reclaman los hijos; es una vida de felicidad, de paz, de tranquilidad, al paso que el hombre que sostiene lazos con dos ó más mujeres, cuando llega á ser padre de los hijos de una tiene que luchar con las rivalidades de las demás, y á cada hora, á cada momento oye crueles recriminaciones, sufre terribles tormentos, porque no es posible resistir, á no ser una fiera, á las súplicas que una mujer dirige cuando sin causa, sin motivo, se vé desdeñada por el hombre á quien ama.

Los indios no se atrevian á replicar una palabra.

Las palabras de los misioneros influian extraordinariamente en su ánimo.

—Por otra parte, el matrimonio, como emanacion divina, proporciona entre otras dichas la de prolongar la vida.

Nuestra sábia y cariñosa madre, la naturaleza, sustituye al amoroso arrebató de los primeros dias la dulce tranquilidad del cariño, y estos supremos goces no puede conocerlos el que sin fijarse en ninguna mujer corre de emocion en emocion, gastando las fuerzas vitales y destruyendo el corazon; que si el cuerpo necesita para conservarse de alimentos nu-

tritivos, el corazon exige afecciones intimas, ó de lo contrario llega á hacerse insensible.

En fin, para concluir de una vez, si deseais ingresar en el seno de la Iglesia, si apreciáis en todo lo que valen los inefables consuelos de la religion, es preciso que renunciéis á tener más de una mujer: de lo contrario, nada habreis adelantado con vuestra conversion; ántes bien, no hallareis ya perdon del Dios de justicia y de bondad.

Antes podia atenuar vuestras faltas la ignorancia; ahora que habeis abierto los ojos á la luz, si no seguís nuestros consejos, os condenareis, y vuestra alma sufrirá un martirio eterno.

El terminar estas palabras se alejaron los misioneros.

Querian que el convencimiento, no la sorpresa, hicieran decidirse á los indios á obedecer sus indicaciones.

Al verse solos comenzó cada cual á expresar su opinion sobre lo que acababan de oír, y no faltó entre ellos quien, cansado ya de las mujeres que tenia, se alegró de aquella ocasion que le permitia deshacerse de la mayor parte de ellas.

—Está visto, —exclamaban; —por ser sábios en todo los españoles, lo son hasta para las mujeres. Sólo tienen una, y no están expuestos como nosotros á los infinitos disgustos que nos abruma cada dia.

—Pues yo no consentiré jamás, —contestaba otro, —renunciar á las veinte mujeres que tengo. Cada una por su estilo es digna de mi cariño.

Lo mejor que podemos hacer es continuar viviendo como hasta aquí,—añadió uno de los más despreocupados.

—Pues yo no quiero perder la amistad de los teopixques españoles. ¿No habeis visto á Hernan Cortés, que posee el rayo y el trueno, que es inmortal, humillarse ante ellos.

Pues figuraros si debemos despreciar los consejos de unos hombres que tanto valen. Así es, que mañana mismo ya habré hecho mi eleccion. Voy ahora á reunir á mis mujeres, y á decirlas lo que ocurre.

Escenas patéticas, horribles, desgarradoras, tuvieron lugar momentos despues.

Las infelices indias que no habian tenido la suerte de ser elegidas como esposas, aconsejadas por la desesperacion, se entregaban á los mayores atentados.

—Abandóname si quieres,—decia una, arrojando llamas por los ojos;—abandona á la madre de tus hijos; pero ten entendido que al dar este paso dictas la sentencia de muerte de esos inocentes seres. En cuanto te alejes de mi lado, los ahogaré en mis brazos.

Otras, á quienes el desprecio les hacia aborrecer hasta los hijos:

—Huye, infame, huye, y que los dioses presenten en tu camino al ave siniestra que te anuncie el castigo que merece tu despiadada conducta; huye, pero l'évate tus hijos, porque no quiero tener el menor recuerdo de tí.

Habia tambien algunas, en las que el sentimiento maternal se hallaba más arraigado, y al ver que los padres reclamaban á los hijos, decian:

—Eso nunca; idos si quereis, pero que nos quede al ménos el consuelo de estos pedazos de nuestro corazon, para que con su presencia nos den fuerzas en las tristes horas que nos aguardan.

No faltaron tampoco las que en un acceso de dolor se suicidaron á las puertas de las casas que ocupaban sus amantes.

Algunas, por último, creyeron que debiau implorar la proteccion de Hernan Cortés, y acudieron á lamentarse de la situacion en que se encontraban.

El ilustre caudillo trató de consolarlas, y aun consiguió con su sin igual elocuencia que muchas abrazasen la religion cristiana.

Dispuso tambien que se estableciera un asilo de caridad para los huérfanos abandonados por sus padres, y al frente de esta benéfica institucion puso á uno de los frailes, que por su bondadoso carácter y por sus relevantes dotes, era el más á propósito para el porvenir y prosperidad de Méjico.

Todos los frailes y clérigos rivalizaban en celo y caridad evangélica, y con asombrosa rapidez se fué propagando la religion cristiana, única verdadera de cuantas existen.